

Guillermo de Torre

## El postulante y el favorito

(CERVANTES Y LOPE DE VEGA)



**O**UIZA la clave psicológica de Cervantes, del hombre Miguel de Cervantes, no sólo del escritor, únicamente pueda ser descifrada si le miramos del revés. Es decir, si atendemos antes a sus actos fallidos que a sus actos cumplidos. ¿Significa esto proponer un método de análisis psicoanalítico que a muchos parecería osado, cuando no irrevente, pero que en rigor resultaría cándido si recordamos algunas de las mil exégesis extravagantes aplicadas al *Quijote*? No; lo que entendemos decir es que el contraste entre su vida literaria opaca y su posteridad fulgurante, visto al trasluz, confrontados sus pasos sigilosos con las andanzas clamorosas de algún otro contemporáneo suyo, puede arrojar claridades que no obtendríamos con la visión directa. Hagamos la prueba.

Las peripecias externas de la castigada existencia que sufrió Cervantes son harto consabidas para que necesiten siquiera una levísima memoranda. Consabidas y amplificadas desmesuradamente, ya que en definitiva los simples testimonios, los documentos probatorios de sus hechos terrenos no pueden mostrar revelarse más parvos y escuetos. Lo son hasta un grado afligente y desalentador. ¿Será posible—nos decimos, cuando

hartos de la novelería desencadenada sobre su vida nos damos a buscar rasgos más fehacientes—que del tránsito de un ser tan capital en la historia del espíritu sólo nos queden unos cuantos papeles judiciales, ciertos secos documentos—la partida de bautismo, ni siquiera la fecha exacta de nacimiento, levísimos rastros de su acción en Lepanto, las cantidades dadas por su madre y sus hermanas, con otras limosnas que pagaron el rescate de cautivo en Argel, el memorial donde pretendía un cargo en las Indias, testimonios de su prisión por deudas cuando era acopiador de grano en Andalucía, oscuros folios del asunto Ezpeleta, etc y, por el contrario, no nos haya quedado una sola carta, ni un solo manuscrito indudable ni siquiera, por último, un retrato inequívoco, ya que el de Jáuregui, descubierto hace pocos años, tiene una autenticidad discutida?

De esta forma el caudal íntimo de su vida corre el riesgo de evaporársenos si no utilizamos instrumentos de captación más sutiles que las hojas ralas de esos yertos testimonios. Semejante escasez biográfica, tanto como la onda universal de su obra, aproxima a Cervantes de Shakespeare y le aleja netamente de otros ingenios de su patria y de su época, señaladamente Lope de Vega, sobre quien tan fabuloso caudal de datos auténticos nos quedan hasta el punto de que ciertas etapas de su vivir pueden reconstruirse hoy día por día, y hasta hora por hora, merced sobre todo al testimonio de sus cartas íntimas publicadas y sabiamente comentadas por Amezúa.

¡Qué profundo contraste marcaron efectivamente sobre la tierra Cervantes y Lope! La existencia literaria del primero—y aquí empieza nuestro método de conocimiento al soslayo, por las rendijas—en todo caso sólo podría reconstruirse bajo el fulgor de los rayos que proyecta el segundo. Porque la vida del creador de *Peribáñez*—aun sin olvidar el final amargo—es toda luz, reverberación y fortuna. La del creador de *Don Quijote* es lucha oscura, es infortunio y silencio. Este se nos aparece esencialmente—pese a las muchas gentes que en su horas aza-

caneadas frecuentó—como un hombre solitario, temperamentalmente bienhumorado, pero transido de melancolías y decepciones. Su vida sentimental auténtica—no hablemos de su matrimonio por interés o desesperanza con la hidalguela de Esquivias, él más que cuarentón, ella de veinticinco años—es una incógnita muy próxima al vacío. Sólo aquella Ana Franca—reverso de lo que fué otra Ana, la Anna Hattaway para Shakespeare—parece haber sido la única y efímera proyección de su verdadero yo en cuanto amador. Contrariamente, Lope vivió en un zodíaco de amores: una mujer, cuando no dos, para cada estación de su exuberante itinerario vital.

Respecto a la situación social de entrambos: Cervantes no encontró nunca valedores, grandes señores, mecenas—cierto es que ninguno de los existentes lo era poco más que nominal—a cuya sombramedrar, o al menos adquirir lustre y respetabilidad para sus coetáneos, dadas las costumbres del siglo. Las dedicatorias rituales estampadas al frente de sus obras son reveladoras, y más aún el hecho de que desde la publicación de la primera a la segunda parte del Quijote debiera cambiar de patrono. Contrariamente, Lope desde que siendo mozuelo entró al servicio del Obispo de Avila, hasta sus años postreros al servicio del Duque de Séssa, vivió en una atmósfera de protecciones y halagos—si bien fuera a cambio de lo que hoy nos parecen servilismos, pero que en los siglos XVI y XVII sólo eran cortesanas de buen tono. Lope, en suma, vino a ser un favorito en tanto que a Cervantes tocó el papel de pedigüeño, perdido el único amparo quizá posible, el de D. Juan de Austria.

Cervantes peleó en Lepanto, con toda buena fe, penetrado de la idea imperial que a la sazón era legítimo sentir, y aunque enfermo de calentura saltó al puente de la «Marquesa», diciendo—son palabras de un testigo—«que más quería morir peleando por Dios y por su Rey que no meterse so cubierta». Lope también luchó con las armas, si bien en la ocasión antípoda, cuando la derrota de la Invencible, cuando cabalmente se iniciaba la decli-

nación del enorme sol carolino-filipesco. Pero—según todos los indicios—lo hizo sin mayor convencimiento, con el desgaire que aplicaba a todas sus hazañas, dándonos casi una impresión burlona de aquel trance al escribir, como escribió, que había relleno su arcabuz con el manuscrito de sus versos a una amante anterior, «volando en tacos del cañón violento—los papeles de Filis por el viento». Y así pudiera estirarse con otros rasgos análogos esta cadena de paralelismos disímiles entre las vidas de Cervantes y Lope.

Casi coetáneos—en rigor el primero sólo le llevaba quince años de edad—, sus pasos y ambiciones hubieron de coincidir fatalmente algunas veces en el no muy ancho ruedo literario-teatral de la España áurea. Coincidieron y chocaron. ¿Por qué? Es lo que aun se ignora a ciencia cierta. Pero en todo caso este aspecto de la vida cervantina es el que mejor nos es dable reconstruir y evocar a la luz de los resplandores lopescos.

Se ha dicho que «el mayor enemigo de Cervantes» en su vida privada fué aquel renegado fraile dominico Juan Blanco de Paz, que le traicionó en sus última tentativa de evasión, denunciando su plan a Hasan Pachá, Dey de Argel. Pero aún no se ha puntualizado con toda claridad hasta qué punto su mayor enemigo en la vida de las letras fué su par en grandeza, Lope de Vega. No habría por qué tomar muy en serio esta rivalidad, ni extraer de ella consecuencias, si se hubiera mantenido en los límites usuales de las polémicas, sonetos zumbones y alusiones mortificantes. Eran años aquellos de enconadas batallas literarias. Góngora contra Lope de Vega, Lope contra Góngora, Góngora contra Quevedo, Quevedo contra Góngora, Lope contra Cervantes, Cervantes contra Lope y todos contra Alarcón. Estas escaramuzas literarias encajaban en las costumbres corrientes del tiempo áureo, y en rigor más que hostilidades absolutas raducían pugnas del ingenio, llevadas con ánimo un si es no es espectacular. Pero el encuentro entre Lope y Cervantes, aunque uviera menos vehemencia exterior que los de Góngora contra

Quevedo y viceversa, alcanzó proyecciones más trascendentes. En cierto modo las cañas se tornaron alguna vez lanzas. Basta saber leer los prólogos al *Quijote* para advertir que aquellas embizadas alusiones y vayas humorísticas tienen un blanco notorio: Lope de Vega.

Mas no anticipemos. El encuentro entre los dos grandes espíritus merece historiarse—y no sólo por su color anecdótico—con algún detalle. He aquí—guiándonos por Amezúa, en su documentadísimo prólogo a las cartas lupianas—un resumen de los principales pasos. ¿Cuándo se conocieron Cervantes y Lope? Seguramente en años juveniles, hacia 1580. Cervantes mantendría gran amistad con el representante Jerónimo Velázquez, padre de Elena Osorio, cuya contra-figura poética quedó eternizada en la obra más fina y perfecta de Lope, en su maravillosa *Dorotea*. Seguramente se conocerían en la casa—calle del Avapies madrileño—de aquella familia de faránduleros, tan frecuentada a la sazón por Lope, como cortejador y luego amante de Elena, antes de que apareciera el poderoso rival que le desbancó. Testimonio, de la amistad que entonces les unía es el «Canto de Caliope» que Cervantes, en su primigenia *Galatea* dedicó al joven poeta. ¿Afectó luego las relaciones entre ambos la ruptura violenta entre Lope y Elena con toda su secuela de libelos, procesos y destierros? El caso es que durante los años que van de 1588 a 1601 ninguna noticia queda de su amistad o enemistad, y lo único sabido es que fueron muy distintas las residencias y trabajos de uno y otro. Únicamente queda constancia del encomiástico soneto de Cervantes a Lope entre el proemio de loas que adornaban *La Dragontea* (1598).

Pero he aquí que Cervantes, a su regreso del cautiverio africano, y tras infructuosas tentativas en Madrid para hallar acomodo, llega a Sevilla. Allí, a comienzos de 1600, se encuentra también Lope. Y es en la bética ciudad donde—según las conjeturas de Amezúa—hubo de surgir el «choque, chisme, calumnia o reyerta que rompe para siempre la amistad de entrambos y

engendra el indudable desafecto, por no decir enconada malquerencia, que habían de guardarse mutuamente el resto de su vida». ¿Acaso Lope atribuyó a Cervantes algunos de los sonetos anónimos que lo enrostraron los jocosos poetas de la Academia de Ochoa? ¿Acaso Cervantes atribuyó a Lope, entonces ya festejado en el comienzo de su poderío teatral, que sus comedias no encontrarán fácil acogida por parte de los representantes?

Llegamos así a 1605, y en los primeros meses de este año se produce inesperadamente—puesto que Cervantes ya contaba cincuenta y nueve años, sin haber dado todavía pruebas absolutas de su genio—la aparición de la primera parte del *Quijote*. Su único saludo previo—malintencionado, aunque confidencial—había sido precisamente un párrafo, mil veces luego citado, de cierta carta que fechada en Toledo el 4 de agosto de 1604 Lope de Vega había escrito: «De poetas no digo: buen siglo es este. Muchos en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a Don Quijote». Y todavía, líneas más adelantes de la misma carta, insistía con otro rasguño de refilón: «... cosa para mi más odiosa que mis librillos a Almendarez y mis comedias a Cervantes». Tan desdenosos conceptos eran una réplica o una defensa anticipada? ¿Conoció Lope la primera parte del *Quijote* antes de estar impresa, o mejor dicho antes de que saliera al público? He ahí un misterio todavía no aclarado, como para desvelar a sabuesos y eruditos.

El caso es que gran parte del prólogo a la primera parte del *Don Quijote* constituye un ataque contra Lope, una sátira embozada pero transparente, de superficie risueña más de fondo agresivo. No puede considerarse como un rasguño ocasional, al pasar. Es, por su insistencia, una diatriba perfectamente calculada. Cuando Cervantes se excusa con aparente humildad de que su obra «falta de toda erudición y doctrina» salga a la luz pública «sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el final del libro, como veo que están otros libros, aunque sean

fabulosos o profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos que admiran a los leyentes, y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes», cuando tales cosas dice Cervantes es sobrado claro que no alude a otro sino a Lope de Vega. En efecto, éste había exornado profusamente con tal paramento libros como *El peregrino en su patria*, *La Arcadia* y otros. Del mismo modo van contra él aquellas alusiones a los índices de autores, a los sonetos prefaciales de autores nobiliarios. Por si esto fuera poco, en aquellos famosos versos burlescos, los de cabo suelto, de Urganda la desconocida, que siguen al prólogo, las alusiones satíricas crecen y se multiplican. Apenas hay una sola de las debilidades lopescas que no tenga allí su comentario caricaturesco, desde la manía nobiliaria («no indiscretos jeroglí... —estampes en el escu...») hasta sus libelos difamatorios contra Elena Osorio («no te metas en dibu... —ni en saber vidas aje...»). Por último, ya en el curso de la novela, existe un capítulo, el XLVIII de la primera parte, donde Cervantes, a lo largo de un diálogo entre Don Quijote y el canónigo toledano, disertando sobre el teatro, hace una crítica evidente de las debilidades que a su juicio dañaban las comedias del Fénix.

Pero Lope era todopoderoso, «señor del cielo y de la tierra», según rezaba aquel credo que se inventó en su honor y que la Inquisición prohibió; no se podía jugar impunemente con él. Y nueve años después tuvo la prueba con la publicación del segundo tomo apócrifo del Quijote. ¿Significa esto afirmar taxativamente que el misterioso Avellaneda, el supuesto Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas, fuera el propio Lope escondido bajo este nombre hechizo? No; la simple insinuación de tan cruda hipótesis es absurda. Pero, con todo, no faltó quien a ello se atreviera. Importa, pues, desecharla por completo. No; el enigmático Avellaneda no es Lope ni tampoco ningún otro de los muchos nombres que hasta ahora se han dado, ya que esta falsificación mueve a perpetua

cavilación y conjetura a los más pacientes eruditos y rebuscadores. No es Lope, pero sí alguno de los numerosos amigos de éste, quien quiso así oficiosamente replicar y dañar a Cervantes; quizá alguno del mismo grupo amistoso que Lope utilizó para replicar a la feroz *Spongia* de Torres Rámila.

Que el propio Cervantes hacía responsable, no en la elaboración, pero sí en la génesis más o menos próxima del *Quijote* de Avellaneda, a Lope, lo demuestra cierto intencionadísimo final de frase en el prólogo de la segunda parte: «... del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa». Esto, dicho en los años en que Lope emprendía, ya revestido con el hábito sacerdotal, nuevas andanzas amorosas y servía de amanuense celestinesco al Duque de Sessa... No olvidemos, por lo demás, que en el prólogo del *Quijote* de Avellaneda se tomaba la defensa de Lope, queriendo levantar los cargos y alusiones contenidos en el prefacio de la primera parte cervantina. Podrá recordarse y alegarse, por quienes deseen restar trascendencia a tan palmaria enemistad, que también podemos espigar alusiones y referencias de signo opuesto, tanto del uno como del otro contrincante. Ante todo las menciones mutuas del *Viaje del Parnaso* y del *Laurel de Apolo*. Después, aquel generoso reconocimiento de Cervantes, en el prólogo de su teatro, donde acuña para Lope el mote perdurable de «monstruo de la naturaleza». Inversamente, cierta mención de Cervantes hecha por Lope en una de sus cartas, describiendo una sesión poética celebrada en la Academia Selvaje, y donde declara que para leer unos versos, habiendo olvidado sus anteojos, púsose los del autor del *Quijote* «que parecían unos huevos estrellados mal hechos», permitiéndonos así inferir de este préstamo que por entonces se habían reconciliado ambos grandes.

Mas reanudaran o no sus relaciones, lo cierto es que hubo siempre entre ellos diferencias insalvables, Amezúa atribuye la razón del concepto algo despectivo en que Lope tuvo a Cervantes a lo siguiente. A la supervaloración que entonces se daba



a lo poético, en cuanto género de abolengo, y a la escasa opinión en que contrariamente era tenida la novela, en cuanto género recién inventado, o, más exactamente, que al autor de *Don Quijote* le había cabido la gloria de inventar. Para Lope el título sublime por excelencia entre los hombres de ingenio era el de poeta, y a éste Cervantes no podía optar, ya que sus comedias en verso no lograron gran perfección ni fortuna. Contrariamente, el hecho de introducir novelas y cuentos en las obras poéticas parecía—según afirma en el prólogo de las *Rimas*—«cosa indigna de hombres de letras», y los cuentos y novelas lectura propia tan sólo de «gente mecánica e ignorante». Mas cuando, años después sucumbiendo a la tentación del nuevo género quiso él tambirén componer novelas—así acontece en *Las fortunas de Diana* y las otras tres dedicadas a Marcia Leonarda—sólo logró frías y desvaídas realizaciones.

No sólo su diferencia de aptitudes, su discrepancia temperamental les situaba en planos opuestos. Mientras que Lope—diciéndolo con palabras de la psicología actual—era un extravertido, un espíritu desbordado sobre el mundo, abriendo ante él sus mil poros ávidos, Cervantes era un introvertido, algo vuelto de espaldas al halago de las gentes, que tan mal lo comprendían, pero inclinado a captar los secretos de sus almas mezclándolos con su propia música interior. Lope es la exuberancia, el manantial multicolor que se deslumbra a si mismo y deslumbra a los demás con su fluencia y su virtuosismo. Cervantes es la corriente sofrenada, es la bondad omnicomprendiva, es la ironía embozada que le permite tomar distancias y alcanzar la suprema acuidad de visión.

De ahí la radical diferencia entre el contenido y el alcance de sus respectivas grandiosas obras. Lope, gozador de lo inmediato, intérprete de su mundo cotidiano es más español (toda España está en Lope—se ha dicho—y Lope es toda España). Cervantes, descubridor de lo invisible, estilizador más que intér-

prete de la realidad en su torno, lleva ésta a un espacio de otras dimensiones y es más universal.

La psicología tan somera de los mil personajes que pueblan el frondoso escenario lopesco, puede en rigor reducirse a unos cuantos tipos invariables. La psicología profunda de las criaturas cervantinas se abren en perspectivas que no acaban.

Mas al acusar estas y otras diferencias todavía posibles no tratamos de disminuir al uno para ensalzar al otro—¡mezquino sistema crítico el que busca semejante meta en las confrontaciones, siendo ambos, por lo demás, tan parejos en la estatura gigantesca. No; se trata simplemente de hacer resaltar y explicar recíprocamente dos individualidades tan poderosas y singulares, esperando así que del cotejo broten más claras sus armonías y resonancias. Vendrían entrambos a ser, en definitiva, dos hemisferios que unidos configuran en toda su plenitud el mundo circular del espíritu español, captado en uno de sus niveles más altos: Lope el español y Cervantes el universal.